



Plan de Estudio del año Apostólico

Vivencia Evangélica

MAYO - JUNIO - JULIO 2026





Plan de Estudio del año Apostólico Vivencia Evangélica

MAYO 2026





“LA ORACIÓN DEL SEÑOR”

Como hemos visto, el Sermón de la Montaña traza un cuadro completo de la humanidad auténtica. Nos quiere mostrar cómo se llega a ser hombre; sus ideas fundamentales se podrían resumir en la afirmación: el hombre solo se puede comprender a partir de Dios, y solo viviendo en relación con Dios su vida será verdadera. Sin embargo, Dios no es alguien desconocido y lejano. Nos muestra su rostro en Jesús, en su obrar y en su voluntad reconocemos los pensamientos y la voluntad de Dios mismo.

Puesto que ser hombre significa esencialmente relación con Dios, está claro que incluye también el hablar con Dios y el escuchar a Dios. Por ello, el Sermón de la Montaña comprende también una enseñanza sobre la oración; el Señor nos dice como hemos de orar.

SEn Mateo, la oración del Señor está precedida por una breve catequesis sobre la oración que, ante todo, nos quiere prevenir contra las formas erróneas de rezar. La oración no ha de ser una exhibición ante los hombres; requiere esa discreción que es esencial en una relación de amor. Esta discreción esencial de la oración no excluye la dimensión comunitaria: el mismo Padrenuestro es una oración en primera persona del plural, y sólo entrando a formar parte del <<nosotros>> de los hijos de Dios podemos traspasar los límites de este mundo y elevarnos hasta Dios. No obstante, este <<nosotros>> reaviva lo más íntimo de mi persona; el <<nosotros>> de la comunidad que ora y la dimensión personalísima de lo que sólo se comparte con Dios se compenetran mutuamente.

Otra forma equivocada de rezar ante la cual el Señor nos pone en guardia es la palabrería, la verborrea con la que se ahoga el espíritu. Todos nosotros conocemos el peligro de recitar fórmulas resabidas mientras el espíritu parece estar ocupado en otras cosas. Estamos mucho más atentos cuando pedimos algo a Dios aquejados por una pena interior o cuando le agradecemos con corazón jubiloso un bien recibido. Pero lo más importante, por encima de tales situaciones momentáneas, es que la relación con Dios permanezca en el fondo de nuestra alma. Para que esto ocurra, hay que avivar continuamente dicha relación y referir siempre a ella los asuntos de la vida cotidiana. Rezaremos tanto mejor cuanto más profundamente esté enraizada en nuestra alma la orientación hacia Dios. Cuanto más sea ésta el fundamento de nuestra existencia, más seremos hombres de paz. Seremos más capaces de soportar el dolor, de comprender a los demás y de abrirnos a ellos.

Esta orientación que impregna toda nuestra conciencia, a la presencia silenciosa de Dios en el fondo de nuestro pensar, meditar y ser, nosotros la llamamos **<<oración continua>>**.

Esta oración verdadera, este estar interiormente con Dios de manera silenciosa, necesita un sustento y para ello, sirve la oración que se expresa con palabras, imágenes y pensamientos. Cuanto más presente está Dios en nosotros, más podemos estar verdaderamente con Él en la oración vocal. Pero puede decirse también a la inversa: la oración activa hace realidad y profundiza nuestro estar con Dios. Esta oración puede y debe brotar sobre todo de nuestro corazón, de nuestras penas, esperanzas, alegrías, sufrimientos; de la vergüenza por el pecado, así como de la gratitud por el bien, siendo así una oración totalmente personal. Pero nosotros siempre necesitamos también el apoyo de esas plegarias en las que ha tomado forma el encuentro con Dios de toda la Iglesia, y de cada persona dentro de ella. En las fórmulas de oración que han surgido primero de la fe de Israel y después de la fe de los que oran como miembros de la Iglesia, aprendemos a conocer a Dios y a conocernos a nosotros mismos...

En efecto, los hombres por nosotros mismos, no sabemos “pedir lo que nos conviene” (Rm 8,26): estamos muy distantes de Dios y él es demasiado grande y misterioso para nosotros. Por eso Dios ha venido en nuestra ayuda él mismo nos sugiere las palabras para la oración y nos enseña a rezar.

Padre nuestro, que estás en el cielo

Comenzamos con la invocación <<Padre>>. Reinhold Schneider escribe a este propósito en su explicación del Padrenuestro: "El Padrenuestro comienza con un gran consuelo; podemos decir Padre. En una sola palabra como esta, se contiene toda la historia de la redención.

A partir de Jesús, lo primero que tenemos que aprender es qué significa precisamente la palabra <<padre>>. En la predicación de Jesús el Padre aparece como fuente de todo bien. El "amor que llega hasta el extremo" que el Señor ha consumado en la cruz, orando por sus enemigos, nos muestra la naturaleza del Padre: este amor es Él. Puesto que Jesús lo pone en práctica, él es totalmente <<Hijo>> y, a partir de este criterio, nos invita a que también nosotros seamos <<hijos>>.

Cuando el Señor enseña a conocer la naturaleza de Dios Padre a partir del amor a los enemigos y a encontrar en eso la propia <<perfección>>, para así convertirnos también nosotros en <<hijos>>, entonces resulta perfectamente manifiesta la relación entre Padre e Hijo. Se hace patente que en el espejo de la figura de Jesús reconocemos quién es y cómo es Dios: a través del Hijo encontramos al Padre.

Así, la filiación se convierte en un concepto dinámico: todavía no somos plenamente hijos de Dios, sino que hemos de llegar a serlo más y más mediante nuestra comunión cada vez más profunda con Cristo. Ser hijos

equivale a seguir a Jesús. La palabra Padre aplicada a Dios comporta un llamamiento para nosotros: a vivir como <<hijo>> e <<hija>>. La palabra <<Padre>> nos invita a vivir siendo conscientes de esto.

Es evidente que <<ser hijo>> no significa dependencia, sino permanecer en esa relación de amor que sustenta la existencia humana y le da sentido y grandeza.

“LA ORACIÓN DEL SEÑOR” PARTE I

**“La oración es un camino para purificar poco a poco nuestros deseos, corregirlos e ir a lo que necesitamos de verdad: a Dios y a su Espíritu.”
(Benedicto XVI)**

- Oración y Ofrecimiento de la Reunión
- Revisión de Compromisos y Tarea

Contemplemos y Escuchemos al Señor Mt. 6,5-8 // Rm.8,26-27 // Jn. 4,21-24

11). Cómo califica el Señor a algunos por su forma de orar, ¿qué dice de ellos? ¿Cómo debemos disponernos para ese encuentro con el Padre, qué indicaciones nos hace Jesús al respecto?

2) ¿Es nuestra oración un acto solitario? ¿Quién está a nuestro lado intercediendo? ¿Por qué?

3) ¿Qué deja claro Jesús, sobre la adoración al padre? ¿En qué hora estamos?

MIREMOS NUESTRA VIDA

La oración -aunque sea personal- no puede ser un monólogo egoísta... Así es imposible que de frutos.

- ¿Nos percatamos que cuando oramos, nos ponemos en presencia de Dios y que no puede ser un acto que comience y termine en mí? ¿Tenemos conciencia de que nuestra oración se une a la del ¿Cuerpo de Cristo que es la Iglesia? ¿Cómo podemos evitar el “egoísmo” en nuestra oración?
- ¿De qué manera abrazamos en nuestra vida: “entrar en nuestro aposento y cerrar la puerta”? ¿A qué se refería Jesús, a un lugar o a una disposición interior? ¿En qué circunstancias, cómo lo aprendimos? ¡Compartamos experiencias!
- No podemos considerar como oración, el desplegarle al Señor una larga lista de peticiones y necesidades... Además de examinar nuestra propia oración ¿Cómo podemos personalmente y como grupo de apostolado, contribuir a mejorar la oración de nuestras familias y comunidades?

A LA LUZ DEL EVANGELIO VIVAMOS HASTA LA PRÓXIMA REUNIÓN

""No ruego solo por estos sino también por aquellos que coman por medio de su palabra, creerán en mí, para que todos sean uno punto como tú, padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado"

(Jn.17,20-21)

COMPROMISO: _____

TAREA CONCRETA A ESCOGENCIA DEL GRUPO: _____

MEDITACIÓN

¿Es Dios también madre? Se ha comparado el amor de Dios con el amor de una madre: "Como a un niño a quien su madre consuela, así os consolaré yo" (Is.66,13) "Puede una madre olvidarse de su criatura, ¿no conmoverse por el hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvide, yo no te olvidaré". (Is.49,15). El misterio del amor maternal de Dios, aparece reflejado de un modo especialmente conmovedor en el término hebreo <<rahamim>>, que originalmente significa <<seno materno>>, pero después se usará para designar el con-padecer de Dios con el hombre, la misericordia de Dios. En el Antiguo Testamento se hace referencia con frecuencia a órganos del cuerpo humano para designar actitudes fundamentales del hombre o sentimientos de Dios, como aún hoy en día se dice corazón o cerebro, para expresar algún aspecto de nuestra existencia. De este modo, el Antiguo Testamento no describe las actitudes fundamentales de la existencia de un modo abstracto, sino con el lenguaje de imágenes tomadas del cuerpo. El seno materno es la expresión más concreta del íntimo entrelazarse de dos existencias y de las atenciones a la criatura débil y dependiente que, en cuerpo y alma, vive totalmente custodiada en el seno de la madre. El lenguaje figurado del cuerpo nos permite comprender los sentimientos de Dios hacia el hombre de un modo más profundo de lo que permitiría cualquier lenguaje conceptual.

No obstante, aunque en el lenguaje plasmado a partir del cuerpo, el amor de madre se aplique a la imagen de Dios, hay que decir también que nunca, ni en el Antiguo ni en el Nuevo Testamento, se califica o se invoca a Dios como madre. En la Biblia, <<Madre>> es una imagen, pero no un título para Dios. ¿Por qué? Sólo podemos intentar comprenderlo a tientas. Naturalmente,

Dios no es ni hombre ni mujer, sino justamente eso, Dios, el creador del hombre y de la mujer.

Las deidades femeninas que rodeaban al pueblo de Israel y a la Iglesia del Nuevo Testamento mostraban una imagen de la relación entre Dios y el mundo claramente antitética a la imagen de Dios en la Biblia. Contenían siempre, y tal vez inevitablemente, concepciones panteístas, en las que desaparece la diferencia entre creador y criatura. Partiendo de ese presupuesto, la esencia de las cosas y los hombres aparecen necesariamente como una emanación del seno materno del Ser que, al entrar en contacto con la dimensión del tiempo, se concreta en la multiplicidad de lo existente.

Por el contrario, la imagen del padre era y es más adecuada para expresar la alteridad entre Creador y criatura, la soberanía de su acto creativo. Solo dejando aparte las deidades femeninas podía el Antiguo Testamento llegar a madurar su imagen de Dios, es decir, la pura trascendencia de Dios. Pero, aunque no podemos dar razonamientos absolutamente concluyentes, la norma para nosotros sigue siendo el lenguaje de oración de toda la Biblia, en la que, como hemos dicho, a pesar de las grandes imágenes del amor maternal, <<madre>> no es un título de Dios, no es un apelativo con el que podamos dirigirnos a Dios. Rezamos como Jesús nos ha enseñado a orar, sobre la base de las Sagradas Escrituras, no como a nosotros se nos ocurra o nos guste. Solo así oramos de modo correcto.



Plan de Estudio del año Apostólico Vivencia Evangélica

JUNIO 2026





“LA ORACIÓN DEL SEÑOR II”

Mientras Mateo introduce el Padrenuestro con una pequeña catequesis sobre la oración en general, en Lucas lo encontramos en otro contexto: en el camino de Jesús hacia Jerusalén.

Lucas presenta la oración del Señor con la siguiente observación: "Un día estaba Jesús orando en cierto lugar. Cuando terminó, uno de sus discípulos le dijo: Señor, enséñanos a orar..." (11,1).

El contexto, pues, es el encuentro con la oración de Jesús, que despierta en los discípulos el deseo de aprender de Él cómo se debe orar. Esto es bastante característico de Lucas, que reserva un lugar muy destacado en su Evangelio a la oración de Jesús. Toda la obra de Jesús brota de su oración, es su soporte. Así, acontecimientos esenciales de su vida, en los que se va desvelando poco a poco su misterio, aparecen como acontecimientos de oración. La confesión en

la que Pedro reconoce a Jesús como El Mesías de Dios está relacionada con el encuentro con Jesús en oración (cf. Lc.9,19ss); la transfiguración de Jesús es un acontecimiento de oración.

Resulta significativo, pues, que Lucas ponga el Padrenuestro en relación con la oración personal de Jesús mismo. Él nos hace partícipes de su propia oración, nos introduce en el diálogo interior del Amor trinitario, eleva, por así decirlo, nuestras necesidades humanas hasta el corazón de Dios. Pero esto significa también que las palabras del Padrenuestro indican la vía hacia la oración interior, son orientaciones fundadas para nuestra existencia, pretenden conformarnos a imagen del Hijo. El significado del Padrenuestro va más allá de la comunicación de palabras para rezar. Quiere formar nuestro ser, quiere ejercitarnos en los mismos sentimientos de Jesús.

Para la interpretación del Padrenuestro esto tiene un doble significado. Por un lado, es muy importante escuchar lo más atentamente posible la palabra de Jesús tal como se nos ha transmitido a través de las Escrituras. Debemos intentar descubrir realmente, lo mejor que podamos, lo que Jesús pensaba, lo que nos quería transmitir con esas palabras. Pero debemos tener presente también que el Padrenuestro procede de su oración personal, del diálogo del Hijo con el Padre. Esto quiere decir que tiene una profundidad que va mucho más allá de las palabras. Comprende la existencia humana de todos los tiempos en toda su amplitud y, por tanto, no se puede sopesar con una interpretación meramente histórica, por más importante que sea...

Cada uno de nosotros, en su relación totalmente personal con Dios, puede sentirse acogido y resguardado en esa oración. Ha de ir siempre de nuevo con su mens, con su propio espíritu, al encuentro de la vox, de la palabra que nos llega desde el Hijo, abrirse a ella y dejarse guiar por ella. De este modo se abrirá también su propio corazón y hará conocer a cada uno como el Señor desea orar precisamente con él.

Antes de entrar en la explicación de cada parte, veamos brevemente la estructura del Padrenuestro tal como nos lo ha transmitido Mateo. Consta de una invocación inicial y siete peticiones tres de estas se articulan en torno al <<Tú>> y cuatro en torno al <<nosotros>>. Las tres primeras se refieren a la causa misma de Dios en la tierra; las cuatro siguientes tratan de nuestras esperanzas, necesidades y dificultades. Se podría comparar la relación entre los dos tipos de peticiones del Padrenuestro con la relación entre las dos tablas del Decálogo, que en el fondo son explicaciones de las dos partes del mandamiento principal - el amor a Dios y el amor al prójimo-, palabras clave que nos guían por el camino del amor...

El Padrenuestro es siempre una oración de Jesús, que se entiende a partir de la comunión con Él. Rezamos al Padre celestial, que conocemos a través del Hijo; y así, en el trasfondo de las peticiones aparece siempre Jesús, como veremos al comentarlas en detalle. Por último, dado que el Padrenuestro es una oración de Jesús, se trata de una oración trinitaria: con Cristo mediante el Espíritu Santo oramos al Padre.

Santificado sea tu nombre

La primera petición del Padrenuestro nos recuerda el segundo mandamiento del Decálogo: "no pronunciarás el nombre del Señor, tu Dios, en falso" (Ex 20,7). Pero, ¿qué es el nombre de Dios? Cuando hablamos de ello pensamos en la imagen de Moisés viendo en el desierto una zarza que ardía sin consumirse... Moisés pregunta a Dios cuál es su nombre... la respuesta de Dios es al mismo tiempo negación y afirmación. Dice simplemente de sí: "Yo soy el que soy " Él es, y basta. Esta afirmación es al mismo tiempo nombre y no-nombre. Por eso, era del todo correcto que en Israel no se pronunciara esta autodefinición de Dios que se percibe en la palabra YHWH...

Por ello no es del todo correcto, que en las nuevas traducciones de la Biblia se escriba como un nombre más este nombre, que para Israel es siempre misterioso e impronunciable, rebajando así el misterio de Dios... para entender este singular entrelazarse de nombre y no-nombre, hemos de tener claro lo que significa realmente un nombre. Podríamos decir sencillamente: el nombre crea la posibilidad de dirigirse a alguien, de invocarle. Establece una relación. Dios establece una relación entre él y nosotros. Hace que lo podamos invocar. Él entra en relación con nosotros y da la posibilidad de que nosotros nos relacionemos con Él.

Venga a nosotros tu reino.

Al reflexionar sobre esta petición acerca del Reino de Dios, recordaremos lo que hemos considerado antes acerca de la expresión <<Reino de Dios>>. Con esta petición reconocemos en primer lugar la primacía de Dios: donde Él no está, nada puede ser bueno.

Jesús no nos da recetas simples, pero establece -como se ha dicho- una prioridad determinante para todo: <<Reino de Dios>> quiere decir <<soberanía de Dios>>, y eso significa asumir su voluntad como criterio. Con la petición <<venga tu reino>> (¡no el nuestro!), el Señor nos quiere llevar precisamente a este modo de orar y de establecer las prioridades de nuestro obrar. Lo primero y esencial es un corazón dócil, para que sea Dios quien reine y no nosotros. El Reino de Dios llega a través del corazón que escucha. Ese es su camino. Y por eso nosotros hemos de rezar siempre... Rezar por el Reino de Dios significa decir a Jesús: déjanos ser tuyos, ¡Señor! para que "Dios sea todo para todos" (1Co15, 28

Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo

En las palabras de esta petición aparecen inmediatamente claras dos cosas: existe una voluntad de Dios con nosotros. Y también: la característica del <<cielo>>, es que allí se cumple indefectiblemente la voluntad de Dios o, con otras palabras, que allí donde se cumple la voluntad de Dios, está el cielo. La esencia del cielo es ser una sola cosa

con la voluntad de Dios, la unión entre voluntad y verdad. La tierra se convierte en cielo sí y en la medida en que en ella se cumple la voluntad de Dios, mientras que es solamente tierra, polo opuesto del cielo, sí y en la medida en qué se sustrae a la voluntad de Dios. Por eso pedimos que las cosas vayan en la tierra como van en el cielo, que la tierra se convierta en cielo. Así, en esta tercera petición del Padrenuestro pedimos en última instancia acercarnos cada vez más a él, a fin de que la voluntad de Dios prevalezca sobre la fuerza de nuestro egoísmo y nos haga capaces de alcanzar la altura a la que hemos sido llamados.

“LA ORACIÓN DEL SEÑOR II”

**"Les dice Jesús: mi alimento es hacer la voluntad
del que me ha enviado
y llevar a cabo su obra".
(Jn. 4,34.)**

- Oración y Ofrecimiento de la Reunión
- Revisión de Compromisos y Tarea

Contemplemos y Escuchemos al Señor Sal 8 // Mt 6,31-34 // Mt 26,36-44.

- 1). ¿Cómo empieza y termina este salmo? ¿Qué evoca, qué ánimo se expresa en este Salmo?
- 2). ¿Qué nos dice el Señor, que necesitamos convertir, en nuestro objetivo primordial? ¿Qué nos pide y qué nos ofrece?
- 3). El relato de la agonía de Jesús nos muestra varios aspectos acerca de la oración del Señor y la de los discípulos:
 - ¿Qué le está pasando a Jesús, qué hace y qué les pide a los discípulos?
 - ¿Cómo encuentra a los discípulos y qué les dice, que les manda, por qué?
 - ¿Qué observamos en la oración de Jesús, cómo termina?

MIREMOS NUESTRA VIDA

En esta vivencia nos centramos en las tres primeras peticiones del Padrenuestro, que están orientadas a dar Gloria a Dios. Ante ellas, cabe el propósito de examinar la forma en la que disponemos nuestra alma, intelecto y voluntad; para orar dignamente.

Tomamos para ello las preguntas de SS Benedicto XVI:

" ¿Cómo trato el Santo nombre de Dios?

¿Me sitúo con respeto ante el misterio, ante lo inexplicable de su cercanía, ante su presencia en la Eucaristía, en la que se entrega totalmente en nuestras manos?

¿Me preocupo de que la santa cohabitación de Dios con nosotros, no lo arrastre a la inmundicia, sino que nos eleve a su pureza y santidad?"

A partir de las respuestas a estas preguntas: ¿qué acciones podemos implementar personal y grupalmente para incrementar en cantidad y calidad nuestra oración y la de nuestro apostolado?

**A LA LUZ DEL EVANGELIO VIVAMOS HASTA LA PRÓXIMA
REUNIÓN**

"Moisés se inclinó a tierra y se postró. Y dijo: Señor mío, si he obtenido tu favor, dígnese mi Señor ir en medio de nosotros, aunque este sea un pueblo obstinado; perdona nuestra iniquidad y nuestro pecado y haznos tu heredad"

(Ex 34,8-9)

COMPROMISO: _____

TAREA CONCRETA A ESCOGENCIA DEL GRUPO: _____

MEDITACIÓN

"El Padrenuestro nos convierte en una familia más allá de todo confín."

"A partir de este <<nuestro>> entendemos también la segunda parte de la invocación: "que estás en el cielo". Con estas palabras no situamos a Dios Padre en una lejana galaxia, sino que afirmamos que nosotros, aun teniendo padres terrenos diversos, procedemos todos de un único Padre, que es la medida y el origen de toda paternidad. "Por eso doblo las rodillas ante el Padre de quien toma nombre toda familia en el cielo y en la tierra", dice San Pablo (Ef. 3,14). Como trasfondo, escuchamos las palabras del Señor: "no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra, porque uno solo es vuestro Padre, el del cielo"(Mt 23,9). La paternidad de Dios es más real que la paternidad humana, porque en última instancia nuestro ser viene de Él; porque Él nos ha pensado y querido desde la eternidad; porque Él es quien nos da la auténtica, la eterna casa del Padre. Y si la paternidad terrenal separa, la celestial une: cielo significa, pues, esa otra altura de Dios de la que todos venimos y hacia la que todos debemos encaminarnos. La paternidad "en los cielos" nos remite a ese <<nosotros>> más grande que supera toda frontera, derriba todos los muros y crea la paz.

Lo que llega a su cumplimiento con la Encarnación ha comenzado con la entrega del nombre. De hecho, al reflexionar sobre la oración sacerdotal de Jesús veremos que allí él se presenta como el nuevo Moisés: "He manifestado tu nombre a los hombres..." (Jn. 17,6). Lo que comenzó en La zarza que ardía en el desierto del Sinaí se cumple en la zarza ardiente de la cruz. Ahora Dios se ha hecho verdaderamente accesible en su Hijo hecho hombre. Él forma parte de nuestro mundo, se ha puesto, por decirlo así, en nuestras manos.

De esto podemos entender lo que significa la exigencia de santificar el nombre de Dios. Ahora se puede abusar del nombre de Dios y, con ello, manchar a Dios mismo. Podemos apoderarnos del nombre de Dios para nuestros fines y desfigurar así la imagen de Dios. Cuanto más se entrega él en nuestras manos, tanto más podemos oscurecer nosotros su luz; cuanto más cercano sea, tanto más nuestro abuso puede hacerlo irreconocible. Martín Buber dijo en cierta ocasión que, con tanto abuso infame como se ha hecho del nombre de Dios, podríamos perder el valor de pronunciarlo. Pero silenciarlo sería un rechazo todavía mayor del amor que viene a nuestro encuentro. Buber dice entonces, que solo con gran respeto se podrían recoger de nuevo los fragmentos del nombre enfangado e intentar limpiarlos. Pero no podemos hacerlo solos. Únicamente podemos pedirle a El mismo que no deje que la luz de su nombre se apague en este mundo.

Y esta súplica de que sea el mismo quien tome en sus manos la santificación de su nombre, de que proteja al maravilloso misterio de ser accesible para nosotros y de que, una y otra vez, aparezca en su verdadera identidad librándose de las deformaciones que le causamos, es una súplica que comporta siempre para nosotros un gran examen de conciencia."



Plan de Estudio del año Apostólico Vivencia Evangélica

JULIO 2026





**“LA ORACIÓN DEL SEÑOR III”
DANOS HOY EL PAN DE CADA DÍA**

La cuarta petición del Padrenuestro nos parece la más <<humana>> de todas: el Señor, que orienta nuestra mirada hacia lo esencial, a lo <<único necesario>>, sabe también de nuestras necesidades terrenales y las tiene en cuenta. Él, que dice a sus Apóstoles: "No estéis agobiados por la vida pensando en que vais a comer" (Mt 6,25), nos invita no obstante a pedir nuestra comida y a transmitir a Dios esta preocupación nuestra. El pan es <<fruto de la tierra y del trabajo del hombre>>, pero la tierra no da fruto si no recibe desde arriba el sol y la lluvia. Esta combinación de las fuerzas cósmicas que escapa de nuestras manos se contrapone a la tentación de nuestro orgullo, de pensar que podemos darnos la vida por nosotros mismos o solo con nuestras fuerzas.

En su explicación de la oración del Señor, San Cipriano llama la atención sobre dos aspectos importantes de esta petición. Así como en la invocación <<Padrenuestro>> había subrayado la palabra <<nuestro>> en todo su alcance,

también aquí destaca que se habla de <<nuestro>> pan. También aquí oramos en la comunión de los discípulos, en la comunión de los hijos de Dios, y por eso nadie puede pensar solo en sí mismo. De esto se deriva un segundo aspecto: nosotros pedimos nuestro pan, es decir, también el pan de los demás...

Las personas que confían en Dios hasta el punto de no buscar otra seguridad también nos interpelan. Nos alientan a confiar en Dios, a contar con Él en los grandes retos de la vida... Pero la petición del pan, del pan solo para hoy, nos recuerda también los cuarenta años de marcha por el desierto, en los que el pueblo de Israel vivió del maná, del pan que Dios le mandaba del cielo... La comunidad de discípulos, que vive cada día de la bondad del Señor, renueva la experiencia del pueblo de Dios en camino, que era alimentado por Dios también en el desierto.

De hecho, los Padres de la Iglesia han interpretado casi unánimemente la cuarta petición del Padrenuestro como la petición de la Eucaristía; en este sentido, la oración del Señor aparece en la liturgia de la santa Misa como si fuera en cierto modo la bendición de la mesa eucarística. El tema del pan ocupa un lugar importante en el mensaje de Jesús, desde la tentación en el desierto, pasando por la multiplicación de los panes, hasta la Última Cena.

El gran sermón sobre el pan, en el sexto capítulo del evangelio de Juan, revela el amplio espectro del significado de este tema. Inicialmente se describe el hambre de las gentes que han escuchado a Jesús y a las que no despide sin darles antes de comer, esto es, sin el <<pan necesario>> para vivir. Pero Jesús no permite que todo se quede en esto, no permite que la necesidad del hombre se reduzca al pan, a las necesidades biológicas y materiales. "No solo de pan vive el hombre sino de toda palabra que sale de

la boca de Dios" (Mt.4,4). El pan multiplicado milagrosamente recuerda de nuevo el milagro del maná en el desierto y, rebasándolo, señala al mismo tiempo que el verdadero alimento del hombre es el Logos, la Palabra Eterna, el sentido eterno del que provenimos y en espera del cual vivimos.

Llegados a este punto, quisiera volver a dar la palabra una vez más a Cipriano, el cual subraya el doble sentido de la petición. Sin embargo, él relaciona la palabra <<nuestro>>, de la que hablábamos antes, precisamente también con la Eucaristía, que en un sentido especial es pan <<nuestro>>, el pan de los discípulos de Jesucristo. Dice: nosotros, que podemos recibir la Eucaristía como pan nuestro, tenemos que pedir también que nadie quede fuera, excluido del Cuerpo de Cristo. "Por eso pedimos que <<nuestro>> pan, es decir, Cristo, nos sea dado cada día, para que quienes permanecemos y vivimos en Cristo no nos alejemos de su fuerza santificadora de su Cuerpo".

Perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden

La quinta petición del Padrenuestro presupone un mundo en el que existen ofensas: ofensas entre los hombres, ofensas a Dios. Toda ofensa entre los hombres encierra de algún modo una vulneración de la verdad y del amor y así se opone a Dios, que es la Verdad y el Amor. La superación de la culpa es una cuestión central de toda la existencia humana; la historia de las religiones gira en torno a ella. La ofensa provoca represalia; se forma así una cadena de agravios en la que el mal de la culpa crece de continuo y se hace cada vez más difícil superar. Con esta petición el Señor nos dice: la ofensa sólo se puede superar mediante el perdón, no a través de la venganza. Dios es un Dios que perdona porque ama a sus criaturas; pero el perdón solo

puede penetrar, solo puede ser efectivo, en quién a su vez perdona... Si queremos entenderla a fondo y hacer nuestra la petición del Padrenuestro, hemos de dar todavía un paso más y preguntarnos: ¿qué es realmente el perdón? ¿Qué ocurre en él? La ofensa es una realidad, una fuerza objetiva que ha causado una destrucción que se ha de remediar. Por eso el perdón debe ser algo más que ignorar, que tratar de olvidar. La ofensa tiene que ser subsanada, reparada y, así, superada. El perdón cuesta algo, ante todo al que perdona: tiene que superar en su interior el daño recibido, debe como cauterizarlo dentro de sí, y con ello renovarse a sí mismo, de modo que luego este proceso de transformación, de purificación interior, alcance también al otro, al culpable, y así ambos, sufriendo hasta el fondo el mal y superándolo, salgan renovados. En este punto nos encontramos con el misterio de la cruz de Cristo...

La petición del perdón supone algo más que una exhortación moral, que también lo es y, como tal representa un desafío nuevo cada día. Pero en el fondo es -como las demás peticiones- una oración cristológica. Nos recuerda a Aquel que por el perdón ha pagado el precio de descender a las miserias de la existencia humana y a la muerte en la cruz. Por eso nos invita ante todo al agradecimiento, y después también a enmendar con Él, el mal mediante el amor, a consumirlo sufriendo. Y al reconocer cada día que para ello no bastan nuestras fuerzas, que frecuentemente volvemos a ser culpables, entonces esta petición nos brinda el gran consuelo de que nuestra oración es asumida en la fuerza de su amor y, con él, por él y en él, puede convertirse a pesar de todo en fuerza de salvación.

No nos dejes caer en la tentación

La tentación viene del diablo, pero la misión mesiánica de Jesús incluye la superación de las grandes tentaciones que han alejado a los hombres de Dios y los siguen alejando.

Ahora podemos explicar de un modo más concreto la sexta petición del Padrenuestro. Con ella decimos a Dios: “Sé que necesito pruebas para que mi ser se purifique. Si dispones estas pruebas sobre mí, sí -como en el caso de Job- das una cierta libertad al Maligno, entonces piensa, por favor, en lo limitado de mis fuerzas, no me creas demasiado capaz. Establece unos límites que no sean excesivos, dentro de los cuales puedo ser tentado, y mantente cerca con tu mano protectora cuando la prueba sea desmedidamente ardua para mí”.

En este sentido ha interpretado San Cipriano la petición. Dice: cuando pedimos “no nos dejes caer en la tentación” expresamos la convicción de que el enemigo no puede hacer nada contra nosotros si antes no se lo ha permitido Dios; de modo que todo nuestro temor, devoción y culto se dirija a Dios, puesto que en nuestras tentaciones el Maligno no puede hacer nada si antes no se le ha concedido facultad para ello. Y luego concluye, sopesando el perfil psicológico de la tentación, que pueden existir dos motivos por los que Dios concede al Maligno un poder limitado. Puede suceder como penitencia para nosotros, para atenuar nuestra soberbia, con el fin de que experimentemos de nuevo la pobreza de nuestra fe, esperanza y amor, y no presumamos de ser grandes por nosotros mismos: pensemos en el fariseo que le cuenta a Dios sus grandezas y no cree tener necesidad alguna de la gracia. Así, en nuestra oración de la sexta petición del Padrenuestro debe estar incluida, por un lado, la disponibilidad para aceptar la carga de la prueba proporcionada a nuestra fuerza; por otro lado, se trata precisamente de la petición de que Dios no nos imponga más de lo que podemos soportar; que no nos suelte de la mano.

Y líbranos del mal

La última petición del Padrenuestro retoma otra vez la penúltima y la pone en positivo; en este sentido, hay una estrecha relación entre ambas. Si en la penúltima petición predominaba el <<no>> (no dar al Maligno más fuerza de lo soportable), en la última petición nos presentamos al Padre con la esperanza fundamental de nuestra fe. ¡Sálvanos, redímenos, líbranos! Es, al fin y al cabo, la petición de la redención. ¿De qué queremos ser redimidos? En las traducciones recientes del Padrenuestro, <<el mal>> del que se habla puede referirse al <<mal>> impersonal o bien al <<Maligno>>. En el fondo, ambos significados son inseparables.

También hoy aparecen, por un lado, los poderes del mercado, del tráfico de armas, de drogas y de personas, que son un lastre para el mundo y arrastran a la humanidad hacia ataduras de las que no nos podemos librar. Por otro lado, también se presenta hoy la ideología del éxito, del bienestar, que nos dice: Dios es tan solo una ficción, solo nos hace perder el tiempo y nos quita el placer de vivir. ¡No te preocupes de Él, intenta solo disfrutar de la vida todo lo que puedas! También estas tentaciones parecen irresistibles. El Padrenuestro en su conjunto, y esta petición en concreto, nos quieren decir: cuando hayas perdido a Dios, te habrás perdido a ti mismo; entonces serás tan solo un producto casual de la evolución, entonces habrá triunfado realmente el <<dragón>>. Pero mientras este no te puede arrancar a Dios, a pesar de todas las desventuras que te amenazan, permanecerás aun íntimamente sano. Es correcto, pues, que la traducción diga: líbranos del mal. Los males pueden ser necesarios para nuestra purificación, pero el mal destruye. Por eso pedimos desde lo más hondo que no se nos arranque la fe que nos permite ver a Dios, que nos une a Cristo. Pedimos que, por los bienes, no perdamos el Bien mismo; y que tampoco en la pérdida de bienes, se pierda para nosotros el Bien, Dios; que no nos perdamos nosotros: ¡líbranos del mal!

“LA ORACIÓN DEL SEÑOR III”

Dios es fiel y no permitirá que seáis tentados por encima de vuestras fuerzas; al contrario, con la tentación os dará fuerzas suficientes para resistir a ella”(1 Cor 10,13)

- Oración y Ofrecimiento de la Reunión
- Revisión de Compromisos y Tarea

**Contemplemos y Escuchemos al Señor
Jn. 6,26-27;35-40 / Mt.6,31-34 / Mc. 11,25;
Mt. 5,23-24/ Mt. 4,1; Heb. 4,15-16 / Rm. 8,31-39**

- 1). ¿Cuál es el reproche que hace Jesús? ¿De cual Pan es necesario tener hambre?
¿Qué recomienda el Señor y cuál es la promesa?
- 2). ¿Qué recalca el Señor, que enseña sobre la Providencia?
- 3). ¿Cuál es la condición que señala Jesús para que el Padre nos perdone?
- 4). ¿Es la tentación una prueba? ¿Qué hacer ante eso?
- 5). ¿Podemos comentar este hermoso texto de Pablo y relacionarlo con el Padrenuestro? Entonces podremos decir ¿Cual es él “mal” al que debemos temer?

MIREMOS NUESTRA VIDA

La Oración del Señor, recoge en sí lo que necesitamos para salvarnos...

- ¿Con qué disposición oramos con el Padrenuestro?
- ¿Podríamos dedicar tiempo para recitarla con calma y contemplar su riqueza? ¿Qué me dice a mi en mi aquí y mi ahora?
- ¿Nos percatamos de la vitalidad que tiene el Padrenuestro, que cada tiempo y circunstancia, se refleja en sus siete peticiones? Pongamos ejemplos
- En nuestra intimidad, en nuestra familia, en nuestro Apostolado ¿Cómo podríamos avivar nuestra oración con el Padrenuestro?

A LA LUZ DEL EVANGELIO VIVAMOS HASTA LA PRÓXIMA REUNIÓN

"Buscad primero el Reino de Dios y su justicia y todas esas cosas se os darán por añadidura." (Mt. 6,33)

COMPROMISO: _____

TAREA CONCRETA A ESCOGENCIA DEL GRUPO: _____

“Danos hoy nuestro pan de cada día”

Una mirada al libro de Job, en el que ya se perfila en muchos aspectos el misterio de Cristo, nos puede proporcionar más aclaraciones. Satanás ultraja al hombre, para así ofender a Dios: su criatura, que Él ha formado a su imagen, es una criatura miserable. Todo lo que en ella parece bueno es más bien pura fachada; en realidad, al hombre -a cada uno- solo le importa su bienestar. Este es el diagnóstico de Satanás, al que el apocalipsis describe como “el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba día y noche ante nuestro Dios ” (Ap. 12,10). La difamación del hombre y de la creación es, en definitiva, una difamación de Dios una justificación para rehusarlo.

Satanás quiere demostrar su tesis con el justo Job: si le despoja de todo, acabará renunciando muy pronto también a su religiosidad. Así, Dios le da a Satanás la libertad de someterlo a la prueba, aunque dentro de límites bien definidos: Dios deja que el hombre sea probado, pero no que caiga. Aquí aparece de forma velada y todavía no explícita el misterio de la forma vicaria que se desarrolla de manera grandiosa en Isaías 53: los sufrimientos de Job sirven para justificar al hombre. A través de su fe puesta prueba en el sufrimiento, el restablece el honor del hombre. Así, los sufrimientos de Job anticipan los sufrimientos en comunión con Cristo, que restablece el honor de todos nosotros ante Dios y nos muestra el camino para no perder la fe en Dios ni siquiera en la más profunda oscuridad.

Para madurar, para pasar cada vez más de una religiosidad de apariencia a una profunda unión con la voluntad de Dios, el hombre necesita la prueba. Igual que el zumo de la uva tiene que fermentar para convertirse en vino de calidad, el hombre necesita pasar por purificaciones, transformaciones, que son peligrosas para él y en las que puede caer, pero que son el camino indispensable para llegar a sí mismo y a Dios. El amor es siempre un proceso de purificación, de renuncia, de transformaciones dolorosas en nosotros mismos y, así, un camino hacia la madurez. Cuando Francisco Javier pudo orar a Dios diciendo: "te amo no porque puedes darme el cielo o el infierno, sino simplemente porque eres lo que eres, mi rey y mi Dios", es evidente que antes había tenido que recorrer un largo camino de purificación interior hasta llegar a esta máxima libertad; un camino de maduración en el que acechaba la tentación, el peligro de caer, pero, no obstante, un camino necesario.

Pero, ¿no deberíamos recordar que Dios impone una carga especialmente pesada de tentaciones a las personas particularmente cercanas a Él, a los grandes santos, desde Antonio en el desierto hasta Teresa de Lisieux en el piadoso mundo de su Carmelo? Siguen, por así decirlo las huellas de Job, son como la apología del hombre que es al mismo tiempo la defensa de Dios. Más aún: están de un modo muy especial en comunión con Jesucristo, que ha sufrido hasta el fondo nuestras tentaciones. Están llamados, por así decirlo, a superar en su cuerpo, en su alma, las tentaciones de una época, a soportarlas por nosotros, almas comunes, y a ayudarnos en el camino hacia Aquel que ha tomado sobre sí el peso de todos nosotros.

Con la última petición del Padrenuestro, volvemos a las tres primeras: al pedir que se nos libere del poder del mal, pedimos en última instancia el Reino de Dios, identificarnos con su voluntad, la santificación de su nombre. Pero los orantes de todos los tiempos han interpretado la petición en sentido más amplio. En las tribulaciones del mundo pedían también a Dios que pusiera límites a los <<males>> que asolan el mundo y nuestra vida... Sí, podemos, debemos pedir al Señor que libere también al mundo, a nosotros mismos y a muchos hombres y pueblos que sufren, de todos los males que hacen la vida casi insoportable. También en esta interpretación de la petición del Padrenuestro sigue siendo crucial <<que seamos liberados de los pecados>>, que reconozcamos <<el Mal>> como la verdadera adversidad y que nunca se nos impida mirar al Dios vivo.



MATERIAL ELABORADO POR LA ACCIÓN CATÓLICA DE VENEZUELA
DEPARTAMENTO NACIONAL DE FORMACIÓN
PARA MAS INFORMACIÓN PUEDES COMUNICARTE VÍA TELEFONICA
AL NÚMERO 0424-661-3868
PROMOCION@ACCIONCATOLICA.COM.VE